

# Madame Helvétius, una aristócrata contra la pena de muerte. Carta de Madame Helvétius al abad Morellet (1790)

Madame Helvétius, an aristocrat against  
the death penalty. Letter from Madame  
Helvétius to the abbot Morellet (1790)

Ricardo Hurtado Simó  
*Universidad de Sevilla*  
*rhurtadosimo@hotmail.com*

Recibido / received: 10/07/2017  
Aceptado / accepted: 31/08/2017

DOI: <https://doi.org/10.20318/eunomia.2017.3826>

Si empezamos haciendo referencia a los estudios previos sobre Madame Helvétius, en los escasos trabajos existentes sobre su figura, observamos que en lo que a su perfil biográfico se refiere, emergen rápidamente dos errores notables: por una parte, ya sea debido a la falta de documentación veraz sobre su vida o al espíritu "creativo" de ciertos historiadores, resulta sencillo ver que los acontecimientos más destacados en la vida de Madame Helvétius no son sino una suma de anécdotas, ideas imprecisas y errores que, al ser repetidos mil veces, se convierten en verdad. Por otra parte, estamos ante el demasiado frecuente prejuicio de simplificar la vida de una persona por su condición sexual, en el caso que nos compete, por ser mujer. Bastante de la ya de por sí escasa bibliografía existente sobre Madame Helvétius adolece de un evidente enfoque simplista y sesgado que hace especial hincapié en la belleza física, los amores y desamores existentes acerca de la vida sentimental de nuestra protagonista<sup>1</sup>, las infidelidades de su marido, su capacidad para perdonarle y valorar sus cualidades intelectuales por encima de sus faltas matrimoniales, su condición de mujer viuda, sus amantes o las supuestas

<sup>1</sup> Es curioso observar que la mayoría de descripciones físicas sobre Madame Helvétius la definen como una mujer extraordinariamente bella, de pelo rubio y ojos azules, a pesar de que los retratos realizados por Van Loo la pintan con el cabello oscuro, canoso y ojos negros.



proposiciones matrimoniales que rechazó de personajes célebres como Turgot y Benjamin Franklin. Así, por encima de imprecisiones, errores y prejuicios sexistas, uno de los objetivos que nos planteamos en este estudio se basa en hacer todo lo posible por mantenernos fieles a los hechos, y este propósito es más decisivo si cabe cuando nos enfrentamos ante la vida de una mujer de una gran valía intelectual que, desgraciadamente, se ha visto eclipsada por rumores que nada tienen que ver con la investigación y la veracidad histórica.

Tras esta aclaración pertinente, empezamos afirmando que Anne-Catherine de Ligniville, futura Madame Helvétius, nace en el castillo de Ligniville el 22 de julio de 1722, siete años después del matrimonio de sus padres, y siendo la cuarta hija de los dieciocho descendientes que tuvieron. Su familia pertenecía a una alta nobleza venida a menos desde finales del siglo XVII. Los Ligniville-d'Autricourt eran una de las cuatro familias que formaban en Lorena, "Los grandes caballos de Lorena". Su padre, Jean Jacques, ostentaba un alto cargo al servicio del duque Leopoldo de Lorena y era capitán de una de sus compañías, mientras que su madre, Élisabeth-Charlotte, era familia del dibujante y grabador barroco del Ducado de Lorena, Jacques Callot. En su niñez fue cuidada por su tía, Madame de Graffigny, concretamente entre 1727 y 1733. Estos años fueron muy importantes para Madame Helvétius o, como la llamaban cariñosamente, "Minette". En 1738, como era habitual para las jóvenes de la aristocracia francesa, Madame Helvétius es enviada por dos años al convento de la Congregación de Nuestra Señora de Ligny-en-Barrois. El objetivo de su estancia en el convento no era otro que adquirir los valores propios de su sexo: la preparación para el matrimonio, las virtudes religiosas, la apertura a la trascendencia y la espiritualidad. Como iremos viendo, estos objetivos no se alcanzaron en Madame Helvétius, aunque sí aprendió el amor por la vida sencilla y, sobre todo, por ayudar a los más necesitados, algo que llevó a la práctica en todo momento. En torno a 1740, vuelve con sus padres hasta que, seis años más tarde, se instala en París junto a su tía, Madame de Graffigny, en un apartamento de alquiler en la calle Saint-Hyacinthe, muy cerca de la actual estación de metro *Luxemburgo*. Durante esa época, ambas sobreviven gracias al trabajo de su tía como escritora, que publica en 1747, *Cartas de una peruana*, y en 1750, *Cénie*. La primera de esas obras granjeó a Graffigny gran popularidad y reconocimiento, así como el rechazo de las autoridades eclesiásticas. *Cartas de una peruana* es una novela epistolar que sigue muy de cerca la estructura de las *Cartas Persas* del barón de Montesquieu, pero también su trasfondo crítico con las costumbres y tradiciones francesas. En concreto, Graffigny se centra en denunciar la situación de las mujeres francesas, forzadas a vivir en un mundo lleno de reglas y convenciones hechas exclusivamente para el interés de los hombres. Por su contenido y su tono irreverente, se comercializó de manera clandestina y fue añadida al *Index* de libros prohibidos en 1765. Consiguientemente, Madame de Graffigny se ganó pronto el rechazo de la Iglesia pero, al mismo tiempo, el favor de los ilustrados que llevaban tiempo denunciando los abusos del poder político y religioso. Por este motivo, el apartamento en el que vivían nuestra protagonista y su tía empezó a ser frecuentado por pensadores como Turgot, Voltaire, Condorcet o Helvétius. Este último sintió atracción por la futura Madame Helvétius, y no únicamente por su físico, también por sus inquietudes intelectuales y por su carácter afable, cercano y sensible a las personas desdichadas. El 17 de agosto de 1751 se casan.

Nacido en 1715, Claude-Adrien Helvétius era hijo y nieto de médicos. Su familia, originaria de Holanda, se establece en Francia bajo el reinado de Luis XIV.



Su padre adquirió gran fama al curar al futuro Luis XV de una extraña enfermedad y pasó a ser Consejero de Estado y médico de la Reina María Leczinska. Como consecuencia, el joven Claude-Adrien pronto obtiene de manos de la Reina el puesto de *Fermier Générale* con el que recibe una importante suma de dinero cada año y, en poco tiempo, amasa una fortuna considerable. Además, su popularidad aumenta por su filosofía materialista y atea, cristalizada en obras como *Del espíritu*. Al casarse, y tras trece años al frente de la administración agrícola, Helvétius deja su trabajo y vive de las rentas que tiene junto con su mujer. Ambos se retiran a la finca que aquel había comprado en 1743 en el bosque de Voré, cerca de Chartres, al sudoeste de París, donde pasan unos 8 meses al año. Allí, el matrimonio invertía una parte importante de los ahorros que tenían en ayudar a los más desfavorecidos de la zona, afectados constantemente por las malas cosechas y el hambre. Al respecto, Madame Helvétius obtuvo pronto el reconocimiento y el afecto de los pobres ya que pagaba la fianza que tenían que abonar por cazar en propiedades privadas. Durante los meses de verano, el matrimonio se traslada a París, a un hotel situado en la calle Santa Ana que, como homenaje, ahora se llama calle Helvétius. En ese hotel, Madame Helvétius mantenía muchas de las visitas que tenía cuando vivía con su tía y, además, empezó a participar directamente en los asuntos que se trataban. Desde este punto de vista, su marido fue clave para configurar muchas de las inquietudes de nuestra protagonista; él era una persona conocida y respetada por los círculos intelectuales parisinos. Los *philosophes* le tenían en gran estima, y muy pronto empezaron a valorar también a su esposa. Además de los citados Turgot, Voltaire y Condorcet, Madame Helvétius conoció en esos meses de verano en París a Diderot, d'Alembert, d'Holbach, Raynal, Galiani, Beccaria, Marmontel, Morellet, Duclos, Sant-Lambert, Hume y Schomberg, que se reunían todos los martes para cenar y, posteriormente, debatir sobre asuntos de actualidad política o de filosofía que llamaban "Los Estados Generales del espíritu humano".

A comienzos de la década de 1770, Helvétius, tras un viaje por Inglaterra, vuelve a Voré con la intención de concluir muchos de sus escritos y materializar las conclusiones extraídas sobre las costumbres y tradiciones de los ingleses, pero pronto enferma de gota, que le afecta rápidamente a las extremidades, al estómago y a la cabeza. El 26 de diciembre de 1771 fallece a la edad de 56 años. No escribe testamento, pero deja 50000 libras a cada una de sus hijas. Además, la mayor, que pronto sería Madame de Mun, recibirá las tierras que Helvétius tenía en Lumigny; la menor, que será Madame d'Andlau pasará a ser la propietaria de la mansión en Voré. Ambas se convierten en propietarias de la casa de la calle Sainte-Anne, la mayor como propietaria del inmueble y la menor, como propietaria del mobiliario. Sin embargo, los derechos de la herencia de Madame Helvétius estaban limitados desde su contrato de matrimonio: recibirá un derecho de vivienda de 2000 libras al año, 8000 libras de renta y una donación de 10000 libras de renta por viudedad. En total, 20000 libras a las que se sumaba un "préciput" (derecho civil acordado a un heredero), su carroza personal con dos caballos y 8000 libras para su funeral. Al enviudar, nuestra protagonista vivió en un apartamento en la casa de la calle Sainte-Anne, propiedad ahora de su hija mayor, pero el 30 de abril de 1772 invierte parte de la herencia comprando una casa en la Grande Rue de Auteuil<sup>2</sup> al pintor Quentin

<sup>2</sup> Actualmente, la casa comprada por Madame Helvétius es un inmueble situado en el número 59 de esa misma calle. Antes fue un hotel y, posteriormente, la Escuela Normal de la Alianza israelita.

de La Tour<sup>3</sup>. La casa pronto se convirtió en la residencia de nuestra protagonista y en su Salón. Instalada en la casa de Auteuil, Mme. Helvétius disfrutaba de la tranquilidad pero también detestaba la soledad, razón por la cual siempre estaba acompañada de amigos e invitados que le regalaban gatos persas, hortensias, rododendros y plantas exóticas. Así, al poco tiempo, su casa es un lugar frecuentado por políticos, filósofos, religiosos, escritores, músicos y médicos, que se reunían todos los martes desde media tarde hasta altas horas de la madrugada. Varias eran las razones del éxito del Salón de Auteuil. En primer lugar, como hemos señalado con anterioridad, Madame Helvétius era apreciada por su carisma, y porque ya lideraba los debates que se organizaban en la casa en la que vivía con su marido. En segundo lugar, Auteuil se encontraba alejado del centro de París y permitía a los contertulios (muchos de ellos vigilados por las autoridades) pasar desapercibidos y escapar del control policial. Asimismo, gozaba del respeto y la amistad de personas variopintas y con inclinaciones ideológicas diferentes, lo cual enriquecía su Salón y facilitaba el debate entre posiciones enfrentadas. Finalmente, mientras que en otros salones la religión era un asunto tabú<sup>4</sup>, en casa de Madame Helvétius se trataban todas las inquietudes y temas, sin prejuicios ni límites. Esta pluralidad de cuestiones y de puntos de vista al respecto tenían un nexo, la libertad, la tolerancia, el horror ante el despotismo y la superstición, y el deseo de ver suprimidos los abusos.

A finales de 1776 llega a París Benjamin Franklin, que se instala en la casa de un aristócrata que apoyaba la causa de la independencia americana. A través de Turgot, llega a Auteuil, que visita dos o tres veces a la semana. Pronto se hicieron grandes amigos, si bien es cierto que tenemos que descartar la tesis de que Franklin propuso matrimonio a Mme. Helvétius. Meses más tarde se añaden a las visitas otros diplomáticos norteamericanos entre los que destaca Thomas Jefferson. Posteriormente, a través de Turgot y Roucher, Madame Helvétius recibe en su casa a Pierre Jean Georges Cabanis, de veintiún años. Huérfano de madre desde su niñez, Madame Helvétius lo acoge como si fuera su hijo; para nuestra protagonista, la presencia de Cabanis cambió su vida radicalmente, sobre todo su estado de ánimo, ya que este se estableció de forma definitiva en Auteuil. Pronto surgió una relación materno-filial que duró hasta el fallecimiento de Mme. Helvétius. Con una lesión en el brazo derecho desde que se cayó de un caballo, su "madre adoptiva" se encargaba de cuidarle y paliar sus limitaciones cotidianas. Cabanis estudia Ciencias y Medicina, pero lee habitualmente obras de historia y de filosofía, principalmente autores griegos, latinos y textos del filósofo británico John Locke. Sus conocimientos de medicina refuerzan sus lazos con Madame Helvétius, ya que esta ayudaba económicamente a los más necesitados de Auteuil; ahora, Cabanis les atendía en una pequeña consulta que preparó en la casa.

En unos meses, los que van desde agosto de 1780 a marzo de 1781, Madame Helvétius tiene que hacer frente a la pérdida de dos viejos amigos que conoció a través de su marido y que, tras su muerte, frecuentaban habitualmente su casa: Condillac y Turgot. Ambos formaban parte de lo que podemos llamar "Primera generación de integrantes del Salón de Auteuil", y eran considerados los contertulios más célebres y respetados. Con su pérdida, Madame Helvétius sufrió un duro golpe

<sup>3</sup> De la Tour fue un retratista rococó que empleaba la técnica de pintura al pastel. Retrató, entre otros, a Voltaire, Rousseau, Luis XV y Madame de Pompadour.

<sup>4</sup> Por ejemplo, esto sucedía en dos de los salones más famosos, el de Madame Necker y el de su hija, Madame de Staël.

por dos motivos: en primer lugar, perdió a dos grandes amigos que mantenían vivo el recuerdo de su esposo y estuvieron a su lado en todo momento; en segundo lugar, el Salón sintió notablemente su ausencia y perdió relevancia durante varios años. Desde este momento, Mariette (como era conocida en sus círculos más íntimos) se centró en sus hijas, en aglutinar los escritos de Helvétius y en continuar las tertulias y debates cada martes por la tarde. Durante ese periodo de su vida, a saber, entre 1781 y 1788, su huella se pierde y apenas tenemos datos.

A finales de la década de 1780, Mme. Helvétius vuelve a la palestra como una firme activista y defensora de la caída del Antiguo régimen. El municipio de Auteuil se suma rápidamente a la revuelta popular y la lideresa de su Salón realiza una "contribución patriótica" de 4,500 libras el 25 de abril de 1790 que pagará en tres años. Durante la etapa siguiente, su Salón, junto con el Salón de las Monedas de Sophie de Grouchy y la casa de Mirabeau se convierte en los centros de reunión de los principales revolucionarios. Sin embargo, la Revolución francesa gira súbitamente hacia la radicalidad jacobina y pronto, muchos de sus impulsores empiezan a ser perseguidos. En este momento, Madame Helvétius transforma su casa en lugar de protección para muchos de ellos, aprovechando sus buenas relaciones con todas las facciones políticas, incluidos los seguidores de Robespierre. Así, protege al matrimonio Sophie de Grouchy-Condorcet, el cual es perseguido por negarse él a votar a favor de la muerte de Luis XVI, y a otro contertulio habitual, Destutt de Tracy, hasta que es apresado; Madame Helvétius pidió su libertad en numerosas ocasiones pero fue en vano. Durante el Terror, la casa de Auteuil se vacía, y únicamente permanecen en ella, como inquilinos permanentes, ella y Cabanis. A ellos se añade, en 1794, Sophie de Grouchy, ya viuda de Condorcet, que es protegida por Mme. Helvétius y consigue para ella un documento de idoneidad por parte del Comité revolucionario de Auteuil; de Grouchy fue desposeída de todas sus propiedades y llegó a su casa con unos pocos efectos personales y su hija de cuatro años.

Tras la caída de Robespierre, Madame Helvétius retoma la actividad de su Salón y sigue viviendo con Cabanis y con quien se convertirá en su mujer, Charlotte de Grouchy, hermana de Sophie. Durante esa etapa de su vida, suele estar rodeada de niños: sus siete nietos, los hijos de Cabanis, Éliza de Condorcet, la hija de Roucher o el nieto de uno de los editores de las obras de su marido, Ambroise Firmin-Didot. En 1794, fallecerá una de sus nietas, hija de Mme. de Mun, a la edad de 15 años, lo que provocará que de Mun entre en un estado de depresión y melancolía que irá deteriorando su salud hasta que, en 1799, morirá en su casa de la parisina rue d'Anjou. Tremendamente afectada por la pérdida de su hija mayor y delicada de salud, sobre todo del estómago, Mme. Helvétius coge un catarro a finales del invierno de 1800 que se convertirá en una neumonía que, finalmente, le produce la muerte el 13 de agosto. En sus últimos momentos estuvo acompañada de sus hijas, de su amigo de La Roche y de Cabanis a quien le dedicó sus últimas palabras: "Estoy siempre". Ese mismo día, por la tarde, fue enterrada en el jardín de su casa, en un nicho que ella misma mandó construir días antes. La ceremonia fue sencilla y no religiosa. En su testamento legó el disfrute de su propiedad a Cabanis y a La Roche. En 1817, defenestrada por sus ideas revolucionarias, sus restos fueron enviados al cementerio municipal, junto con una pequeña inscripción funeraria. Finalmente, en el año 1892, la Sociedad histórica de Auteuil costea una nueva sepultura con su nombre y su tumba es situada junto a la de Cabanis.

\*



Al comienzo de este trabajo, hemos hecho referencia a que la figura de Madame Helvétius ha sido víctima del prejuicio de reducir su semblanza a un conjunto de anécdotas, curiosidades y amoríos que, durante demasiado tiempo, la han desfigurado. Algo similar sucede cuando intentamos profundizar en su perfil intelectual. Por una parte, nos encontramos con el célebre dicho de "una mentira repetida mil veces se convierte en verdad", ya que a finales del siglo uno de sus huéspedes habituales y antiguo amigo, el padre Morellet, de quien trataremos más tarde, la caricaturiza indicando que era bella, peculiar en sus costumbres e incapaz de seguir una discusión de cierta profundidad. Desde ese momento, sus palabras se repiten frecuentemente en algunas de las investigaciones sobre la esposa de Helvétius, de tal manera que la conciben como el alma de constantes debates intelectuales que, incomprensiblemente, no le interesan en absoluto. Sin embargo, creemos conveniente dudar acerca de dicha afirmación a la luz de los hechos históricos y de la figura de quien se trata, el abad Morellet, pues la amistad entre Madame Helvétius y este se trunca durante la Revolución francesa por cuestiones políticas, como veremos en la carta que cierra este texto. Morellet se ve obligado a abandonar Auteuil por sus planteamientos reaccionarios y anti-revolucionarios, así que sostenemos que dicha afirmación es fruto del rencor y la enemistad surgida entre ambos.

\*

Dicho lo anterior, dos preguntas serían pertinentes, ¿cuál es el valor real de Madame Helvétius?, ¿merece tener un sitio propio en la Historia? Al respecto, es oportuno indicar que su figura se ha visto rehabilitada en las últimas décadas, factor estrechamente ligado a los nuevos estudios de investigación surgidos acerca de los comienzos del Feminismo, la Ilustración y el siglo XVIII. En lo tocante a los avances en las investigaciones feministas, De Viguerie en, *Filles des Lumières: femmes et sociétés d'esprit à Paris au XVIII siècle* y Gere Mason en, *The women of the French salons*, han iniciado un debate necesario acerca del papel que tuvieron los Salones de mujeres a partir de la década de 1750 en la configuración del pensamiento feminista. Su tesis es clara: salones como los de Madame Helvétius, Sophie de Grouchy o Madame Roland fueron el primer paso para la fundamentación de un pensamiento en términos feministas. Ellas encarnaron la posibilidad de una Razón con voz de mujer que se alzaba como una autoridad reflexiva tan legítima como la palabra de los hombres. Liderando discusiones, rebatiendo tesis y exponiendo opiniones sin prejuicios ni trabas fueron, en muchos casos de manera inconsciente, construyendo la primera ola del Feminismo, que posteriormente se consolidaría en Inglaterra y Estados Unidos. Si, como señala Celia Amorós, el Feminismo es una "senda no transitada de la Ilustración", aún menos lo ha sido el análisis de los Salones, no solamente como semilla del Feminismo, sino también, como la mano invisible que hizo posible el proyecto revolucionario. Y es ahora, señalando estas dos sendas olvidadas, donde emerge con fuerza la importancia de Madame Helvétius. Ella fue una de esas mujeres que hicieron todo lo posible por transitar esa senda, femenina, feminista y, al mismo tiempo, revolucionaria, que creía en una metamorfosis radical de la realidad, en una utopía que se tocaba, ahora más que nunca, con la yema de los dedos.

En segundo lugar, trabajos recientes como *La Revolución francesa. 1789-1799. Una nueva historia*, de Peter McPhee, revisan desde una óptica histórica y sociológica la década revolucionaria a partir de los testimonios de lo que podríamos llamar, la gente corriente, todo ese colectivo de personas apartadas de la versión



oficial del levantamiento popular; McPhee se detiene en cómo vivió el proceso el campesinado, los pueblos alejados de la urbe parisina y las mujeres. Al mismo tiempo, especialistas como Jonathan I. Israel, en *La Ilustración radical*, han abordado los diferentes matices que se engloban bajo el ya de por sí amplio término de "Ilustración", haciendo una diferenciación básica que afecta de manera directa a nuestra protagonista. Dicho autor distingue entre lo que podríamos llamar, una Ilustración moderada, de la mano de pensadores como Kant, que pretendían realizar un proceso de emancipación en todos los sentidos pero sin romper con los pilares tradicionales de índole político y religioso; y una Ilustración radical, en la que se encontrarían tanto Helvétius como su esposa, así como Condorcet o D'Holbach; todos ellos han sido considerados ensayistas de segunda fila porque carecían de una filosofía tradicional, entendiendo tradicional como "sistemática" y asentada en fundamentos inamovibles. En esta segunda vertiente, el elemento definitorio sería el rechazo a todo vestigio del pasado y la necesidad de crear una nueva realidad social, política y religiosa a través de estructuras completamente diferentes. En esta línea se ubicarían claramente el materialismo ateo de Helvétius y el republicanismo revolucionario de Madame Helvétius, que rechaza las jerarquías basadas en la tradición, la costumbre y el apellido ilustre, defendiendo sin ambages una concepción igualitarista y cosmopolita que rebate la discriminación de los esclavos, las mujeres o los pobres, a través de la pretendida superioridad occidental o un entramado de leyes injustas y parciales fruto de un ancestral interés egoísta. Un recorrido similar siguen también los historiadores Philip Bloom y Michel Onfray. El primero de ellos, en lo que podríamos llamar un ensayo novelado, narrando con detenimiento y todo tipo de detalle la ímproba tarea de crear la Enciclopedia, *Encyclopédie. El triunfo de la razón en tiempos irracionales*, y rescatando a figuras esenciales para su construcción. Onfray titula el tomo IV de su *Contrahistoria de la Filosofía, Los ultras de las Luces*, donde realiza un giro de 180 grados, al dejar en un segundo plano a los habituales protagonistas de la Ilustración, Rousseau, Diderot o Kant, a su juicio deístas que no rompen con el pasado, subrayando por el contrario el pensamiento radicalmente transformador de aquellos que rechazan la autoridad de Dios, el Papa, el Señor y el Rey, como D'Holbach, Jean Meslier o Helvétius. Estos ultras, entre los que, como se observará en la carta que cierra este estudio, se encuentra Madame Helvétius, impugnan el poder de la religión y la monarquía como garantía de orden, y luchan por una felicidad que se encuentra en este mundo, el único que hay, sensible, temporal y contingente. Dichos estudios son relevantes no solo porque abren caminos hasta ahora novedosos en la comprensión de la Ilustración y el siglo XVIII; también, nos permiten, enlazando con nuestra protagonista, valorar el papel que tuvieron las mujeres en el proceso revolucionario, en esa otra Ilustración, radical y transformadora. Muchas de ellas fueron silenciadas y se han perdido, otras, como es el caso de Madame Helvétius, rescatadas, colaboraron influyendo decisivamente en sus maridos y creando, a través de sus Salones, espacios abiertos para la libertad de pensamiento, la tolerancia y la construcción de una alternativa teórica y práctica a toda forma de fanatismo, parafraseando al historiador Anthony Pagden.

Asimismo, esta tesis que reivindica a los "otros sujetos de la Ilustración y la Revolución francesa" y, en concreto, a las mujeres que fueron imprescindibles para su realización, se apoya en los datos concretos que tenemos sobre Madame Helvétius. Las referencias biográficas permiten construir un retrato bastante aproximado acerca de sus ideas filosóficas y sociales, así como de su posicionamiento político durante la Revolución francesa. En primer lugar, es imprescindible invalidar la tesis que sitúa a Madame Helvétius como una mujer



invisible y simple consorte de su marido, como ha sucedido más de una vez con parejas del siglo XVIII<sup>5</sup>. Su matrimonio le permitió entrar en contacto con los principales filósofos de su tiempo y, leyendo los escritos de aquel, empezó a tener conocimiento de ideas relacionadas con la gnoseología, la educación y la política. Ambos vivían largas temporadas en el hotel que Helvétius tenía en la parisina calle Sainte-Anne, y todos los martes por la tarde se reunían allí personalidades de la talla de los ya nombrados Diderot, Turgot, Condorcet o d'Holbach. En esa época (décadas de 1750 y 1760), como dijimos, eran habituales los viajes del filósofo a Inglaterra y Holanda y, durante sus ausencias, era ella quien dirigía las tertulias y debates. Otro dato concluyente que resalta los posicionamientos de Madame Helvétius es que, tras publicar Helvétius su obra *Del espíritu*, paradigma de una filosofía atea, irreverente y materialista, fueron muchos los amigos y conocidos que le sugirieron frenar su publicación para evitar problemas con las autoridades políticas y religiosas; ante este movimiento, una de las pocas defensoras de la publicación de la obra fue Madame Helvétius quien, además, ayudó a su esposo en la preparación de sus polémicos textos. Mme. Helvétius se consagró enteramente a las dos obras de su marido, *Del espíritu* y *Del hombre, de sus facultades y de su educación* y, gracias a ella, las podemos llamar sus dos obras maestras. Con *Del espíritu* listo para su publicación, se alzaron voces críticas como las de Buffon, para no disgustar al Rey, Condorcet, quien acusaba a su amigo de defender ideas egoístas y Turgot, que consideraba su obra detestable e inmoral porque subrayaba la vanidad y el partidismo por encima de todas las virtudes sociales. Madame Helvétius recibió presiones de muchos de ellos para que consiguiese la inmediata retractación de su marido. Sin embargo, ella se reafirma en la necesidad de la publicación de la obra, hace intervenir a un pariente suyo, el influyente duque de Choiseul e, incluso, escribe a Malesherbes, Jefe de la Oficina de Censura, pidiéndole protección para su marido contra los ataques de las autoridades políticas y religiosas. Años más tarde, habiendo enviudado, Madame Helvétius es la principal impulsora de la publicación de las obras completas de Helvétius, en sucesivas ediciones: en 1774, en ocho volúmenes; en 1784, en cinco volúmenes; y en 1795, en catorce volúmenes. A esta actitud tan firme y decidida hay que sumarle que rechazó la forma de pensar de muchas mujeres de su tiempo que, al perder a su marido, se retiraban a un convento o tenían como prioridad dejar a sus hijas "bien casadas". Madame Helvétius quería construir una vida activa, ser una mujer emprendedora e independiente, como sabemos no solo a la luz de su trayectoria, también a través de una conversación que tuvo con Diderot meses después del fallecimiento de Helvétius, "Yo no soy una esclava, ni de mi pasado, ni de mis hijas ni de nadie" le dijo con rotundidad.

Un segundo aspecto decisivo que nos permite situar a Madame Helvétius dentro del conjunto de *salonnières* y, principalmente, ubicarla con una actitud intelectual propia y digna de mención, es su distanciamiento respecto a ciertas tesis de Helvétius. Con lo dicho hasta ahora, podríamos pensar que su pensamiento es una mera copia del de su marido, que el filósofo es él y ella solo una consorte a su servicio. Ahora bien, si hay un tema en el que se observa en Madame Helvétius un posicionamiento personal, es en la cuestión en torno a la esclavitud. La esclavitud de los negros era uno de los temas más candentes desde mediados del siglo XVIII;

<sup>5</sup> Un ejemplo claro de "mujer olvidada" es Sophie de Grouchy (1764-1822), más conocida como Madame de Condorcet, quien fue una influencia decisiva en las ideas feministas de su marido, lideró el Salón de las Monedas y escribió *Cartas sobre la simpatía*, obra prácticamente desconocida hasta hace un par de décadas.

pensadores como Rousseau y Condorcet se habían posicionado claramente en contra y rechazaban las formas en las que los esclavos obtenían azúcar en las plantaciones americanas que, posteriormente, disfrutaban la burguesía y la aristocracia francesa. Dos autores que también trataron el tema fueron Voltaire y Helvétius, aunque con notables contradicciones en sus tesis. Voltaire también criticó que el azúcar tuviera en su esencia la sangre de las manos de los esclavos; así, en *Cándido*, denuncia la esclavitud de los negros pero no se detiene a analizar sus causas y el uso perverso que los países hacen de ella. Esta línea argumentativa, que realiza una crítica tibia, se confirma en su *Ensayo sobre las costumbres*, donde afirma la superioridad europea sobre el hombre que vive en el África negra, capaz de traficar con sus hijos y venderlos al hombre blanco.

Helvétius, considerado habitualmente uno de los más firmes detractores de la esclavitud, se mueve, sin embargo, en una ambivalencia similar a la de Voltaire. En *Del espíritu*, define la esclavitud como un concepto político y no racial, ya que lo entiende como la sumisión de un grupo de personas frente al poder despótico de otra, haciendo una crítica velada al absolutismo monárquico pero obviando el problema racial. En otros textos es donde se encuentra con más claridad dicha ambivalencia y su postura no abolicionista; reflexionando sobre la producción de azúcar, podemos decir que Helvétius considera el sometimiento de los negros algo endémico que tiene difícil arreglo por lo que es mejor mirar para otro lado. Numerosos son los estudios que justifican esta posición tan fría de Voltaire y de Helvétius, incidiendo en que ambos tenían inversiones en plantaciones de azúcar, pero hasta la fecha, no hay datos certeros que lo confirmen.

Con estos precedentes, Madame Helvétius bien podría haber dado por buenas las explicaciones de su marido o, simplemente, haberse mantenido al margen de una cuestión tan espinosa. Sabemos que fue uno de los temas que recurrentemente aparecían en el Salón de Auteuil y que, además, le interesaba especialmente por su sensibilidad hacia las personas más desfavorecidas. Estas inquietudes cristalizan el 19 de febrero de 1788 cuando Jacques-Pierre Brissot, amigo íntimo de Condorcet y contertulio ocasional en la casa de Madame Helvétius, funda la *Sociedad de amigos de los negros*, que criticaba la situación de estos en las colonias francesas, defendiendo sin ambages la abolición de la esclavitud. Entre los primeros integrantes se encontraba Madame Helvétius quien, en esa época, había trabado una gran amistad con el matrimonio Condorcet-de Grouchy así como con Mirabeau, todos ellos impulsores de la *Sociedad*.

En ese período de su vida, a saber, último lustro de la década de 1780 y comienzos de la década siguiente, Madame Helvétius empieza a asentar unos planteamientos políticos definidos. Paulatinamente, su Salón se llena de defensores del fin del absolutismo de diversa índole: monárquicos constitucionalistas como Mirabeau y Morellet, republicanos moderados como Condorcet y radicales como Cabanis. Junto a estos dos últimos, impulsa un movimiento centrado en reformar el sistema penal con vistas a eliminar la pena capital y la desproporción de ciertas leyes para con los débiles. Al mismo tiempo, en esta confluencia ideológica, "Nuestra Señora de Auteuil", como solía llamarla Benjamin Franklin, se posiciona a favor de la Revolución francesa, tanto es así que, como vimos con anterioridad, participa económicamente, y paralelamente, rompe su amistad con el abad Morellet cuando este empieza a denunciar los desmanes revolucionarios y los ataques al clero. Sabemos, en relación con este desencuentro, que Madame Helvétius no tenía especial afinidad con los detractores de la Revolución francesa, ni tampoco con los

defensores del clero, como nos revelan sus críticas a Madame de Staël por señalar con el dedo a Condorcet y por su ferviente militancia cristiana. Para Madame Helvétius, de Staël es una mujer orgullosa que se mueve buscando únicamente su interés y con claras pretensiones nobiliarias. En 1789, con el comienzo del proceso revolucionario, Mme. Helvétius reivindica la importancia de elaborar una Constitución justa e igual para toda la ciudadanía que acabase con la nobleza y el clero, que no quieren que el tercer estado se levante contra la opresión; Morellet reitera esta idea en diversas ocasiones, incidiendo en sus ataques explícitos a la Iglesia.

A partir de 1791, Madame Helvétius orienta su Salón hacia el bando de los girondinos, siendo frecuentado por Condorcet, Sophie de Grouchy, Cabanis o Volney entre otros, lo que demuestra sus afinidades políticas y su posición respecto al desarrollo del proceso revolucionario. En diciembre de 1792, desde que Robespierre decide retirar el busto de Helvétius de un templo erigido en Auteuil a los "Patriotas de la Revolución", su exaltación revolucionaria se enfría y decide no salir mucho de su casa, solamente para ir a París a ver a su hija, Mme. de Mun, gravemente enferma, y siempre acompañada de aquellos amigos que sí gozaban del beneplácito claro de los jacobinos. Según Cabanis, en esos momentos, Mme. Helvétius siente tristeza y también un enorme sentimiento de culpa por haber empujado a muchos de sus amigos y asistentes a su casa hacia la Revolución. Sin embargo, gracias a su carácter y sus amistades en todos los bandos, ella no sufrió ningún tipo de persecución o privación de sus propiedades durante el Terror. A diferencia de otros Salones, el de Auteuil siguió funcionando, aunque mucho más solitario, ya que la mayoría de los contertulios fueron perseguidos, encarcelados e, incluso, asesinados. Tras la caída de Robespierre, el Salón retomó su actividad buscando una reconstrucción de la revolución en términos ilustrados: república, libertad, igualdad y fraternidad.

\*

El otro gran protagonista de este trabajo fue uno de los primeros invitados habituales en la casa de Auteuil. A partir de 1760, el abad Morellet (1727-1819) empezó a frecuentar las casas del barón d'Holbach y de Mme. Geoffrin, donde conoció al matrimonio Helvétius. Colaborador en la redacción de la *Enciclopedia*, Morellet contactó muy pronto con Mme. Helvétius ya que a ambos les unía su preocupación por los más necesitados. En concreto, empezó a hospedarse en Auteuil en la primavera de 1784, en una habitación con vistas a las colinas de Meudon.

André Morellet ingresó en 1741 en el seminario parisino de los Treinta y Tres. Diez años más tarde, terminó sus estudios de Teología y empezó a relacionarse con Turgot, Diderot y d'Alembert. Pronto encuentra un trabajo como tutor del hijo menor del duque de Lorena y futuro rey de Polonia. En ese tiempo, empieza a escribir, y publica, en 1756, una obra satírica titulada *Pequeño escrito sobre una materia interesante*, donde critica la diversidad de confesiones existentes en América. Al mismo tiempo, Diderot le pide que escriba algunos artículos para los volúmenes VI y VII de la *Enciclopedia*. En 1759, tras volver de un viaje a Italia, empieza a frecuentar el Salón de Mme. Geoffrin, entrando en contacto con la mayoría de *philosophes*. Por la publicación de un panfleto en defensa de Voltaire, pasa dos meses en la Bastilla lo que le permite gozar de gran popularidad en los círculos críticos con el Antiguo régimen y, paradójicamente, lograr un aumento de



sus ganancias por las ventas. Amigo íntimo del matrimonio Helvétius, pasaba largos periodos de tiempo con ellos en su casa de Voré, y el resto del tiempo se escribía cartas con ellos regularmente. En 1771, tras la muerte de Helvétius, al comprar su esposa la casa de Auteuil, Morellet se instala allí de forma permanente, si bien su amistad estaba consolidada desde varios años atrás.

Junto con Mme. Helvétius, Morellet convive también con el abad Lefebvre de La Roche y, posteriormente, con Cabanis. A partir de 1776, goza de estabilidad económica gracias a un trabajo en les Domaines y a la ayuda que Madame Helvétius le proporcionaba esporádicamente. Su fama y su solvencia económica le permiten abrir su propio Salón, en la calle Saint-Honoré de París, donde recibía a políticos, filósofos y artistas los domingos al mediodía. A diferencia del Salón de Auteuil, Morellet enfocó las reuniones hacia la música, dejando las cuestiones políticas, literarias y filosóficas en un segundo plano. Gracias a la ayuda de Turgot, toma posesión del priorato de Thimert, cerca de la ciudad de Chartres, lo que le aporta una importante suma de dinero anual. Su vida era tranquila y acomodada.

A comienzos de 1789, Morellet se ha convertido en una persona rica y afamada. Ha encontrado una familia en Auteuil y, gracias a sus contactos, tiene facilidad para publicar sus trabajos, así como capacidad para reunirse con las personas más influyentes de su tiempo. Pero esta coyuntura tan favorable pronto daría un giro de 180 grados, cuando se extienden los primeros levantamientos revolucionarios y la violencia llega a París. En ese momento, Morellet teme perder en poco tiempo todo lo que ha ganado. Rápidamente se posiciona en contra de la Revolución, distanciándose de sus amigos y compañeros de la casa de Mme. Helvétius, Cabanis y de La Roche. El 12 de julio de 1789, los tres inquilinos tienen una fuerte discusión en la que Mme. Helvétius se mantiene al margen. La situación se tensa aún más cuando, en 1790, Morellet publica *Memoria de los diputados de la villa de Tulle relativa a los incidentes de Bas-Limousin*, donde toma partido por los propietarios y la Iglesia contra los radicales. A partir de ese momento, incluso Mme. Helvétius se distancia, y se ve obligado a abandonar Auteuil. Desde entonces, tiene numerosos problemas con las autoridades revolucionarias, pierde gran parte de su fortuna y sobrevive publicando traducciones al francés de novelas inglesas de autores de segunda fila, sobre todo de Ann Radcliffe y Regina Maria Roche. La última referencia de Morellet a Madame Helvétius se encuentra en sus *Memorias*, recordándola al tener noticias de su fallecimiento, en el otoño de 1800.

## Bibliografía

- Archives nationales*, Minutier central, Paris, 1750-1800.  
 BLACKBURB, R. (1988), *The Overthrow of Colonial Slavery, 1776-1848*, Verso, Londres.  
 BLOOM, Ph. (2010), *Encyclopédie. El triunfo de la razón en tiempos irracionales*, Anagrama, Madrid.  
 CAHEN, L. (1906), "La Société des Amis des noirs et Condorcet". En *La Révolution française*, nº50, París, pp. 481-511.  
 DE LA PRADE, G. (1989), *L'illustre Société d'Auteuil (1772-1830), ou la fascination de la liberté*, Sorlot Lanore, París.  
 DIDEROT, D. (1968), *Correspondance*, Roth y Varloot, París.  
 GUILLOIS, A. (1894), *Le Salon de Madame Helvétius*, Calmann Lévy éditeur, París.  
 GUILLOIS, A. (1897), *La marquise de Condorcet: sa famille, son salon, ses amis, 1764-1822*, Ollendorf, París.



- HELVÉTIUS, C. A., (1818), *Oeuvres complètes*, París.
- HELVÉTIUS, C. A., (1993), "Del espíritu". En VVAA, *La Ilustración olvidada. La polémica de los sexos en el Siglo XVIII*, ed. de Alicia Puleo – Anthropos, Madrid.
- HELVÉTIUS, C. A., (1998), *Correspondance générale*, edited by Peter Allan, Alan Dainard, Marie-Thérèse Inguenau, Jean Orsoni and David Smith, Toronto y Oxford.
- HELVÉTIUS, C. A., (2001), *De l'esprit*, Flammarion, París.
- HURTADO SIMÓ, R. (2017), *Madame Helvétius. Ilustración, razón y revolución en el Salón de Auteuil*, Benilde, Sevilla.
- ISRAEL, J. (2012), *La Ilustración radical. La filosofía y la construcción de la modernidad. 1650-1750*, F. C. E., México.
- LA PRADE, G. (1989), *L'illustre Société d'Auteuil (1772-1830), ou la fascination de la liberté*, Lanore et Sorlon, París.
- LAGRAVE, J. P., INGUENAU, M. T., y SMITH, D. (1999), *Madame Helvétius et la Société d'Auteuil*, Voltaire Foundation, Oxford.
- LESCURE, M. (1884), *Les Grandes Épouses*, Librairie de Firmin-Didot, París.
- MCPHEE, P. (2013), *La Revolución francesa. 1789-1799. Una nueva historia*, Planeta, Barcelona.
- MORAVIA, S. (1974), "La Société d'Auteuil et la Révolution". En *Dix-huitième siècle*, 6, París, pp. 181-191.
- MORELLET, A. (1821), *Mémoires sur le dix-huitième siècle et sur la Révolution*, París.
- ONFRAY, M. (2010), *Contrahistoria de la Filosofía, IV: Los ultras de las Luces*, Anagrama, Madrid.
- PAGDEN, A. (2015), *La Ilustración y por qué sigue siendo importante para nosotros*, Alianza, Madrid.
- VAHLKAMP, Ch. (1999), "Un attachement qui méritait une autre récompense: l'abbé Morellet et Madame Helvétius". En *Madame Helvétius et la Société d'Auteuil*, Voltaire Foundation, Oxford, pp. 19-28.
- VOLTAIRE. (1875), *Oeuvres complètes*, Moland, París.
- VOLTAIRE. (1989), *Cándido y otros cuentos*, Alianza, Madrid.

## CARTA DE MADAME HELVÉTIUS AL ABAD MORELLET (1790)

La carta que me cuentan que usted ha escrito sobre mí me llena de tristeza, mi querido amigo. Desearía que, si la ha plasmado en un papel, viniera a decírmela de viva voz. Estoy bastante molesta por algunas de las afirmaciones que me han llegado, mi querido Abad. Nos conocemos desde hace muchísimos años, y raro era el día en que no nos veíamos y cuando nos encontrábamos separados por la distancia, siempre mantuvimos una correspondencia casi diaria.

Sabe usted bien de mi pasión por la filosofía. No en vano, destiné gran parte de mi vida a darle a las obras de mi marido el sitio que merecían. De esta manera, no entiendo por qué le dijo usted al conde de Shelburne que no me interesaban dichas disquisiciones. También, me compara con Bruto y Casio, conspiradores del César, por la forma en la que me inclino contra el clero y la nobleza. Efectivamente, no me postro ante la tiranía y el despotismo y me siento orgullosa de albergar en mi sencilla casa a todos aquellos que defienden la libertad y la justicia por encima de todas las demás cosas. Sabe usted bien, mi querido amigo, que nunca fui próxima de aquellos que abusan de su posición y poder. Considero que hay motivos de sobra para luchar por una causa tan noble como lo es la defensa de aquellos que más lo necesitan, algo que ambos hemos defendido durante muchos años. Ahora bien, mi querido amigo, estoy segura de que la causa que nos ha separado está llena de razones. Conocemos los abusos a los que unos pocos han sometido a una mayoría desde tiempos remotos y conocemos los motivos que actúan detrás de tales acciones, que no son otros que el egoísmo, la ambición desmesurada y el miedo a que aquellos que sufren y se ven sometidos se levanten algún día. El miedo forma parte de nosotros, pero hay ocasiones en las que el miedo no es suficiente para frenar a quien nada tiene.

El gobierno de las leyes injustas no adquiere más firmeza con el paso de los años y observamos con aflicción cómo en nuestras tierras, el tiempo ha servido para perpetuar los abusos y la corrupción de quienes escriben las leyes y de quienes hacen que se cumplan. Un país no está bien gobernado cuando una minoría somete a una mayoría que, callada bajo el sol y el metal, acepta con resignación el papel que les ha tocado representar.

Sabe usted bien que he defendido desde el principio la necesidad de abolir ese entramado de leyes corrompidas desde las raíces que justifica la dominación. Es a ellas y a quienes vilmente las han utilizado para fortalecerse a quien debemos esta causa que recorre nuestras tierras de norte a sur. Son ellos, mi querido amigo, los causantes de un movimiento que no tiene límites. Quién sabe qué será de nosotros, qué pasará mañana o cuándo acabará lo que ahora ha comenzado. Sí sabemos que lo que ha empezado no lo van a detener quienes con las armas quieren callar a un pueblo que siente y sufre con vergüenza las calamidades que le han causado sus semejantes.

También sabe, Señor, que de todas las leyes crueles hay una que me afecta en particular. Es aquella que declara la pena capital. Esa ley es mezquina desde su escritura ya que se asienta en la idea de que solo serán condenados a la muerte aquellos para quienes está hecha de antemano. Una ley hecha para castigar a quienes antes de nacer han sido ya juzgados es semilla de miedo y lo que es peor, motivo para el odio y la venganza. Tienen que ser la razón, los sentidos y la vida los impulsos para hacer una ley, porque esas tres cosas son las que convierten a los



hombres en tales. De esta forma, no hay ley más frágil que aquella que se escribe desde el egoísmo y el interés propio.

Una ley que condena a muerte a quien nada tiene y a quien nada espera tiene que desaparecer. Esa ley injusticia fatalmente al que roba un poco de madera o unos gramos de trigo en las tierras de quien tiene tanto que no lleva la cuenta de sus riquezas. Es el pueblo quien sufre y es contra el pueblo como se construye un sistema salvaje. Mi querido Abad, esta causa es tan justa como todas las causas que luchan por la justicia pues la libertad es el bien máspreciado que tiene un hombre.

Permítame pensar que es posible acabar con los abusos, con las leyes injustas y con el padecimiento de los que no tienen nada. Creo con firmeza que es el momento de cambiarlo todo, de acabar con un sistema corrompido y enfermo. Y que es ahora cuando los hombres se unirán para buscar el bien de todos y no de una minoría privilegiada por el apellido y el rango. Hay ocasiones en las que es preciso derramar la sangre si la recompensa que se obtiene es la libertad.

Mi amado huésped<sup>6</sup> y yo compartimos la idea de que un nuevo Estado tiene que llegar, escuchando a quienes han sido silenciados y así, al conocer cómo se perpetraron los abusos y se justificaron, construir un cuerpo de leyes por encima de hombres particulares y de intereses concretos. Solo con leyes que proclamen la igualdad para todos podremos poner fin a los abusos que desde antaño se han cometido en nombre de Dios o del Rey.

En Auteuil, el Señor Cabanis y yo seguimos cenando a las seis de la tarde.

Ligniville Helvétius

---

<sup>6</sup> Madame Helvétius se refiere a Cabanis, quien siguió viviendo con ella durante la Revolución francesa.